





# ENTRE LA MALEZA



Javier Iniesta Ayerra

# ENTRE LA MALEZA



Primera edición: mayo de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Javier Iniesta Ayerra

ISBN: 978-84-10253-66-7

ISBN digital: 978-84-10253-67-4

Depósito legal: M-13127-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A Arancha, porque estuviste a mi lado  
en los malos momentos;  
porque fuiste valiente y siempre me dijiste la verdad,  
aunque supieras que no me iba a gustar oírlo.*



## Introducción

Esta es una obra de ficción. Los hechos están inspirados en unos crímenes ocurridos en Estados Unidos, en el estado de Colorado.

Para contextualizar la obra se han utilizado numerosas fuentes de prensa escrita y digital que no sería práctico detallar aquí. Sin embargo, hay un libro que me ha servido como fuente primaria de documentación: *The Black Widower: A Beautiful Doctor, Her Seemingly Perfect Husband and a Chilling Death*, de Michael Fleeman, editado por St. Martin's Paperback. En él he encontrado referidas las actas judiciales del proceso y otros documentos, así como las autopsias de las víctimas, a las que difícilmente podría haber accedido sin su ayuda y que me han servido de inspiración para componer esta obra. Quisiera manifestar de esta forma mi más sincero agradecimiento al autor y a su editorial.

También quisiera darle las gracias a Arancha, mi mujer y compañera de fatigas, por toda la paciencia que ha tenido a lo largo de estos años de esfuerzos, por ayudarme a conseguir que todas las ideas que hervían en mi cabeza acabasen por cristalizar en una novela. Sin ella, esta historia nunca hubiera visto la luz. A mis hijos, Guiomar y Germán, que siempre me aportaron las dosis necesarias de cariño para levantarme cuando caí. A mi madre, Soledad Ayerra, porque ha leído este texto con orgullo, a pesar de lo difícil que se lo pone la maldita enfermedad de Parkinson. A mi hermana Paloma, a Olalla Melgarejo, a Isabel García, José Ramón Arrigain y a Carmen Márquez que, junto a mi mujer y a mis hijos, formaron

ese sólido ejército de lectores Alfa y que para mí, parafraseando a Huxley, fueron mis verdaderos lectores alfa-doble-más. A mis amigos Gabriel Prieto, Teresa Grence, Argimiro Ocaña y Mercedes Almazán por sus ánimos, decisivos en los momentos finales de la novela. A Carina López y a Elena Melgarejo, que me explicaron algunos detalles médicos y químicos que me aclararon algunas dudas que tuve.

Quisiera agradecerle en especial a Isabel García su propuesta para el título de la novela, que adopté sin dudar. Lo considero un regalo precioso.

A todos ellos, infinitas gracias.

**maleza**<sup>1</sup>

Del lat. *malitia* ‘maldad’.

1. f. Espesura que forma la multitud de arbustos, como zarzales, jarales, etc.

2. f. Abundancia de malas hierbas.

[...]

5. f. desus. Maldad, iniquidad.

---

1. DRAE. Actualización 2020.



## Prólogo

*Sábado, 29 de septiembre de 2012*

Lo miró con alivio mientras se alejaba; desde hacía unos meses, su mera cercanía la enervaba. Quizá se estuviera volviendo paranoica o quizá los cuentos de doña Adelaida, como ella llamaba a los consejos de su madre, hacían mella en su ánimo.

Cogió los prismáticos e intentó concentrarse en encontrar rapaces en el cielo. La guía de campo decía que se podían avistar águilas reales, quebrantahuesos, buitres y alimoches, pero no había tenido la suerte de observar ninguno. Quizá no fuera la mejor hora para verlos. También querría ver rebecos y, con suerte, alguno de los escasos osos pardos del Parque Natural de Picos de Europa. Sin poder evitarlo, miró de reojo al fondo del precipicio que dormía a sus pies.

El Hoyo sin Tierra.

No había querido asomarse cuando estaba con él; le gustaba demasiado hacer tonterías con todo lo que no se podía bromear. Tan solo mirar hacia abajo le produjo un cierto vértigo y la inquietante sensación de poder sobrevolar aquel paisaje que parecía lunar. Retrocedió un par de pasos y buscó con la mirada a su marido. ¿Dónde estaría?

Daba igual. Cogió de nuevo los prismáticos y volvió a otear la montaña. En el horizonte se recortaba el perfil de la cordillera y allí empezaba a hacer frío.

Se preguntó qué hacía allí. Le daba vergüenza imaginar lo que debió pensar su amiga Idoya, la coordinadora de la clínica. Ella sabía que desde hacía dos o tres años dormían en camas separadas, sin tener relaciones; que quería divorciarse de él y que había abierto una cuenta en un banco a sus espaldas. Se miró la mano y observó su anillo de diamantes con un sentimiento de tristeza. Recordó cómo se lo puso delante de todos sus compañeros, sin pudor alguno, y cómo se había empeñado en que lo llevase aquel día.

Aquella mañana le propuso que hicieran una excursión a pie por el Parque Nacional. En su fuero interno le maldijo por ello, porque las rodillas le martirizaban cada vez más y sabía que la caminata se convertiría en una verdadera tortura si el camino se empinaba en exceso. Pero su marido parecía tan ilusionado que no se pudo negar. «Hay unas minas abandonadas muy interesantes —le explicó—, y un mirador de aves rapaces en un enclave precioso, El Hoyo sin Tierra».

Estuvieron en la puerta de las malditas minas y se adentraron por sus galerías. El sol declinaba poco a poco y se preguntó a qué hora cerraría el teleférico. Su marido se rio y le dijo que no se preocupara. Unos metros más allá le señaló una senda desdibujada, muy pronunciada, que conducía a la cima de una loma, y le indicó que por allí llegarían al mirador de El Hoyo sin Tierra. La ascensión fue terrible. La lesión de las rodillas la mataba de dolor y los calambres provocaban que le fuera casi imposible mantener la compostura. ¡Ojalá terminase pronto aquella tortura! Al menos, el panorama había merecido la pena, sobre todo durante aquel rato de soledad.

Cuando más concentrada estaba en sus pensamientos, sonó una ramita a su espalda. Se sobresaltó y miró por encima de su hombro. Su marido estaba a su lado. Se había acercado en silencio, seguro que para asustarla. ¡Con lo que a ella le molestaba que hiciera eso! Le pasó el brazo por debajo del pecho, le asió del brazo derecho con firmeza y acercó sus labios al cuello. La mujer inclinó su cabeza hacia la suya, con desagrado, para apartarle y rechazar la

caricia. Una cosa era disimular y otra muy distinta que simplemente su contacto no le resultase cada vez más repulsivo.

Entonces, notó un pinchazo en el cuello. Algo muy fino penetró de golpe en su arteria carótida. Quiso quitárselo con la mano, como el que aparta a una avispa, sin saber muy bien de qué se podía tratar.

De forma intuitiva, se apartó de él y se volvió para mirarle, desconcertada. Tenía la cara deformada por el odio y un rictus que le hacía irreconocible a pesar de los doce años que habían pasado juntos. Se sintió mareada y le miró a los ojos, incapaz de pronunciar palabra, sin poder suplicarle ayuda. En el fondo de aquella mirada no vio amor ni ternura; por un segundo, dudó que esos sentimientos alguna vez hubieran podido tener cabida allí. Tuvo la certeza de que, en aquel instante, acababa de ver la verdadera faz de su marido.

Aunque cada vez sentía más flojas las piernas, las imágenes y los pensamientos se sucedían en su cerebro a toda velocidad. Cayó al suelo y todo se hizo oscuro a su alrededor.

Se despertó confusa, todavía entre sueño y realidad. Estaba desorientada, solo sabía que flotaba en sus brazos. Quería irse y escapar de esa aterradora pesadilla, pero su cuerpo inerte no obedecía. Su cerebro no pudo ni siquiera rezar, como hacía cuando era niña y algo le asustaba.

Y, de repente, Teresa empezó a volar.

Caía cada vez más rápido. Luchaba por abrir los ojos, por poder gritar de terror. La rama de un árbol la golpeó con brutalidad en su costado derecho, girándola con gran violencia en el aire. Abrió los ojos y vio el suelo acercarse a gran velocidad. Por instinto, intentó poner las manos para frenar el choque, pero lo único que pudo hacer fue cerrar los ojos para no ver el golpe.

El impacto contra el suelo fue brutal. Tenía un dolor espantoso en todo su cuerpo y notó la humedad de la sangre brotando por un sinfín de heridas. La naturaleza tuvo piedad de ella y perdió el conocimiento.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando en sueños sintió que una mano se ponía en su cuello y le tomaba el pulso. Volvía a estar consciente, aunque solo sentía un dolor indescriptible. Alguien le cogió la mano derecha. La vida se le escapaba por cada una de sus heridas y la certeza de la muerte se le antojó llevadera con tal de que la librase de aquel horror.

Notó que una sombra se agachaba a su lado, cogiéndola de la mano. Esperó un gesto de misericordia que aliviara su alma en sus últimos momentos. Fue en vano, porque su último instante de lucidez fue para darse cuenta de que la sombra le estaba arrancando el diamante de su anillo.

Las escasas fuerzas que había reunido para agonizar le abandonaron de golpe.

En ese momento, Teresa Benavente murió.

PRIMERA PARTE:

TERESA BENAVENTE



# Capítulo 1

*Lunes, 22 de octubre de 2012*

Aquella noche apenas había podido dormir.

La tarde anterior vio parpadear la pantalla de su Samsung SII y supo de inmediato que era algo importante, incluso antes de leer las siglas UCO en la pantalla. Había muy pocas personas en Madrid que tuvieran aquel número de teléfono, solo podían ser sus padres o alguien del trabajo. Aunque su vida social era bastante movida en lo que respectaba al género femenino, eran asuntos efímeros, nada más. Ninguna de ellas tenía su teléfono, faltaría más; hubiera sido de novato y, en cuestión de mujeres, el teniente Marcos Carranza era todo un veterano.

Era el subteniente Villalobos, asistente personal del teniente coronel. Marcos sujetó el teléfono con el hombro, mientras tomaba nota a lápiz sobre un recibo de la luz atrasado. «Lunes 22, en el despacho de Manzanedo, a las nueve y media». Se lo tuvo que repetir en voz alta para que se quedase tranquilo y no insistiera más.

Aunque la realidad pueda ser prosaica, la imaginación es muy difícil de controlar. Llevaba muy poco tiempo en la UCO, estaba a prueba en la unidad y, a pesar de su empleo, nunca le habían llamado para ningún caso importante. Un despilfarro de estrellas y salario. Había hecho mucho archivo y había participado en algún seguimiento, pero emociones pocas y motivación cero. Desde luego, no era lo que había soñado cuando consiguió entrar en la

Unidad. A sus treinta y siete años, tenía una amarga sensación de fracaso sobre su paso por la Guardia Civil, pero también sabía que estaba frente a una de las últimas oportunidades profesionales que le iba a dar la vida.

Pasó la noche casi en blanco, entretenido con las noticias sobre las elecciones en el País Vasco. ¿A él qué le importaba aquello? Nada, pero era mejor que pensar. Se había levantado muy temprano, así que se duchó y se arregló con parsimonia, con la cabeza en otro sitio, jugando a adivinar qué le depararía el destino. Cada vez que se miraba al espejo encontraba un fallo insignificante en su atuendo o en su pelo, cuidadosamente despeinado. Miró la hora, se resignó, se persignó y salió en dirección a la Comandancia con bastante tiempo. Los lunes en Madrid podían ser infernales.

Cuando llegó, se sentó con discreción en la puerta del despacho del teniente coronel. Juan Carlos Manzanedo era el oficial de más alto rango de investigaciones, el jefe del Departamento de Investigación Criminal I. Por encima de él solo estaba el coronel. Villalobos parecía centrado en la pantalla de su ordenador, pero Carranza notaba que lo miraba de hito en hito. Empezaba a sospechar que podría llevar algo en el uniforme fuera de su sitio cuando sonó el teléfono del subteniente, que le indicó la puerta.

—Ya puede pasar, mi teniente.

Marcos se levantó y entró en el despacho:

—A sus órdenes, mi teniente coronel. ¿Da su permiso?

El despacho era sencillo y funcional. Tenía una mesa de gran tamaño, llena de carpetas y papeles ordenados con precisión. A la derecha de Manzanedo había una bandera de España y a su izquierda tenía otra mesa en «L» en la que reposaba un ordenador tan anticuado como los del resto de la Comandancia, salvo los cacharros de Guzmán, el especialista en informática, que eran lo mejorcito del mercado.

Manzanedo era un hombre de unos cincuenta y cinco años y aspecto de oficinista. El pelo ralo apenas disimulaba las profundas entradas en su coronilla y un poblado bigote, canoso y pasado de

moda, le cubría el labio superior. Sin embargo, todos sabían que aquel jefe era una leyenda en el Cuerpo. En gran parte, sus éxitos habían convertido a la UCO en una unidad de referencia dentro y fuera de España.

Sentada frente a Manzanedo había una suboficial a la que Carranza conocía de vista, aunque casi no había intercambiado palabra; si no fuera por la galleta, ni siquiera sabría su nombre. Brigada Salcedo. No podía decir el porqué, pero aquella suboficial siempre le había resultado antipática. Quizá fuera porque casi siempre llevaba el ceño fruncido y parecía estar enfadada con el mundo, o porque tenía un comentario agudo y mordaz para todo aquel que osara dirigirse a ella, de ahí que la gente prefiriera evitarla. En la Comandancia tenía fama de «borde», de las que solo sueltan exabruptos y replicaba a cualquiera con infinitas dosis de mala leche. Eso sí, también se decía que era la mejor investigadora que tenía la UCO.

Carranza la observó de reojo. Tendría unos cincuenta años, altura media, rostro enjuto y nariz aguileña. Tenía el pelo oscuro, recogido en una impersonal cola de caballo. De no ser por sus ojos de color gris metálico le hubiera resultado una mujer anodina, y el conjunto resultaba tan aséptico como si fuera una misionera. En la Comandancia la apodaban la *Monja*; cosas del capitán Jurado, al que todos le reían la gracia. Sin embargo, se dijo Carranza, ni uno solo de sus colegas tenía los cojones de decir en voz alta semejante alias si ella estaba en el edificio. En la UCO, nadie quería problemas con Salcedo.

La mirada inquisitiva de Manzanedo sacó a Carranza de su ensañación. La mujer permanecía sentada, con la mirada al frente y la gorra reglamentaria en el regazo, sin hacer un gesto, como si la persona que había entrado en la habitación fuera una molesta interrupción de asuntos mucho más importantes que su triste existencia.

—Siéntate, Carranza —dijo Manzanedo—. No sé si conoces a Isabel Salcedo.

—Bueno, la conozco de vista, de cruzarnos por los pasillos, pero nunca he trabajado con ella.

Podría haber dicho que nunca había intercambiado con ella algo que no fuera un «buenos días» en el ascensor. Trabajaba a menos de quince metros de él y sin embargo era la primera vez que oía su nombre de pila. Salcedo era alguien que no formaba parte de su mundo.

—A sus órdenes, mi teniente —correspondió al saludo Salcedo con oficial frialdad. Apenas se dignó a mirarle un par de segundos, el mínimo que dictaban las Reales Ordenanzas para no incurrir en desacato. Manzanedo empezó la reunión de inmediato:

—Os he reunido porque se nos ha notificado el fallecimiento de una mujer de Bilbao mientras realizaba una excursión en los Picos de Europa con su marido. Por lo que se ve, cayó por un precipicio y no se pudo hacer nada por salvarle la vida. Todo se hubiera quedado en otra muerte a causa de un desgraciado accidente si no fuera porque su familia sospecha que hay algo extraño en todo esto.

—¿Algo extraño? —repitió Carranza—. ¿A qué se refiere?

Salcedo lo miró como si acabara de proferir una blasfemia en medio de una homilía, solo por haber interrumpido al teniente coronel. Carranza decidió ignorarla por el momento. Ya habría tiempo de meterla en cintura y recordarla la diferencia de grado, si eso fuera necesario. No era su estilo, pero a veces no había otro remedio que sacar a relucir las estrellas.

—Por lo que se ve —continuó Manzanedo—, la familia desconfía de la versión del marido. La pareja no iba bien y hay actitudes de este hombre que les resultan bastante sospechosas. Son gente con influencia y los padres han presionado muy alto para que este incidente se investigue como asesinato. Lo más probable es que sea lo que parece, un simple accidente, pero los mandos han ordenado que hagamos una investigación preliminar con nuestros mejores medios.

»Como sabéis, siempre andamos muy cortos de recursos y tú, Marcos, todavía estás a prueba en la UCO. Un asunto así es una

buena ocasión para foguearse y coger experiencia. Va a ser tu primera misión independiente como oficial de la UCO. Como nunca se sabe, para apoyarte creo que no hay mejor suboficial que Isabel, que acaba de concluir un caso y cuya experiencia te puede servir de gran ayuda si este asunto se complica.

La cara de Salcedo reflejaba su opinión acerca del papel de canguro que Manzanedo parecía haberle asignado. El teniente coronel cogió una subcarpeta azul, sobre la que había una etiqueta que ponía CASO BENAVENTE y se la entregó a Carranza.

—Dudo que todo esto pase de la fase preliminar. La mujer fallecida se llamaba Teresa Benavente. Tenéis que ir a Málaga a entrevistaros con sus padres. Sobre todo hay que tranquilizarlos, que vean que nos damos por enterados y que vamos a hacer algo. Luego tendréis que ir al Parque Nacional de los Picos de Europa para ver sobre el terreno qué es lo que ha pasado. Allí tendréis que hablar con la gente del GREIM que los atendió y que también han presentado un informe lleno de conjeturas y dudas. Queremos saber cuánto hay de realidad y cuánto de imaginación. Con todo eso tendremos bastante como para cerrar el expediente, en el caso de que este asunto no conduzca a nada, o seguir con las pesquisas.

—¿No vamos a hablar con el marido? —preguntó Carranza—. Si él es el único testigo, parece lo normal.

—Bastante tendrá este señor con haber perdido a su mujer, si es que es inocente, para importunarle con sospechas carentes de fundamento —intervino Salcedo, en tono brusco—. No será la primera vez que una familia no se resigna a perder a un hijo y piensa que la justicia o la venganza va a aliviar la pena.

—De momento, es preferible no entrevistarse con el marido —terció Manzanedo, en tono conciliador—. Si de vuestra investigación se deduce algo sospechoso siempre habrá tiempo de pedirle que aclare alguna cosa. ¿Alguna otra pregunta?

—Con el debido respeto, mi teniente coronel —dijo Salcedo—. Este asunto no parece muy complicado, podría llevarlo yo sola. Como usted ha dicho, andamos escasos de personal y este asunto

no aparenta tener mucho recorrido. Vamos a tener que cruzar media España en balde, de Málaga a Cantabria. El teniente Carranza seguro que puede mucho más valioso formando parte del equipo del capitán Jurado con el caso del mendigo apuñalado de Valladolid o de apoyo en alguno de los equipos de aquí que perdiendo su tiempo en algo tan rutinario.

Carranza miró con sorpresa a Salcedo. En los catorce años que llevaba en el Ejército, nunca se le hubiera ocurrido hablar con semejante familiaridad a un teniente coronel o intentar enmendar sus órdenes.

—Brigada, no me digas cómo tengo que llevar mi unidad. Deja en paz a Jurado. Quiero que esta familia, los Benavente, vea que no se hace cargo de esto un simple número de la Guardia Civil de Málaga que va a cubrir el expediente, sino un teniente y una brigada de la UCO, lo más granado de la Unidad. Estrellas y galones dorados. Pero tampoco vayáis pensando que todo esto va a ser pan comido. No sé por qué, tiene un tufillo raro que no me gusta nada. Llámalo intuición masculina, Isabel.

Salcedo no dirigía una sola mirada a Carranza, ni tan siquiera de soslayo, como si aún no hubiera entrado en el despacho. Desde ese momento, Marcos supo que también iba a tener que lidiar con ese problema. Supuso que era una de esas mujeres militares que habían tenido que luchar durante años contra los prejuicios, pero él no tenía la culpa. Nunca había discriminado a una compañera por motivo de género. Eso sí, para él, la igualdad era un camino de doble dirección y una mujer militar debía demostrar lo mismo que los hombres, ni más ni menos.

—Las órdenes son estas, ¿estamos? —dijo Manzanedo, mirando fijamente a Salcedo.

—Sí, mi teniente coronel —respondieron al unísono.

—Pues en marcha. Cuando habléis con los padres, quiero un primer informe por teléfono, a ver si puedo tranquilizar pronto a los de arriba.

Salieron del despacho de Manzanedo y anduvieron por la planta hasta llegar al ascensor. Allí, Salcedo se giró hacia Carranza y lo

miró a la cara por primera vez. Marcos volvió a ver esos ojos del color del acero, que en aquel momento echaban chispas. A pesar de ello, se dirigió a él con la voz contenida:

—Mi teniente, voy a bajar al garaje a ver qué coche nos pueden asignar para esta «misión» —A Carranza no le pasó desapercibido el tono socarrón que empleó en la palabra misión—. Si a usted le parece bien, le podría recoger dentro de tres horas, el tiempo de hacer un petate y salir. ¿Por dónde vive usted?

—Vivo en la Ciudad de los Ángeles, en Villaverde.

—Perfecto. Ahora son las diez y veinte. ¿Lo recojo en la rotonda de entrada al barrio a la una y media?

—Allí la espero, brigada.

A la una y media de la tarde apareció un Seat Ibiza de color negro conducido por Salcedo. La suboficial salió del coche para colocar el petate de Carranza en el maletero, pero él ya había levantado el portón trasero para colocar su equipaje. Sin decir nada, ocupó el asiento del copiloto.

—Esperaba algo mejor. Había oído que muchos de estos vehículos eran decomisos de redadas a narcos.

—La vida real no es como las películas, mi teniente. Este tiene ochenta y cinco caballos y dieciséis válvulas; no puede perseguir a los malos, pero dará para llegar a Málaga.

—¿Ha comido, Salcedo? Si no, podemos parar por el camino.

—No se preocupe, mi teniente. Si acaso, un café a mitad de camino.

Se calzó en la nariz unas masculinas Ray-Ban Aviator de espejo y encendió la radio. De inmediato, sonó *Corren tiempos de alegría*, de Diego el Cigala, en Radiolé. Carranza la miró de reojo, sorprendido. ¡Vaya con Salcedo! Lo último que hubiera esperado de ella era una bulería. Como mínimo, habría imaginado una de Estopa, lo de *Partiendo la pana* o algo así, pero ir hasta Málaga oyendo aquello le parecía lo peor.

Recorrieron casi trescientos kilómetros sin otro sonido en el coche que la sintonía flamenca. A las escasas preguntas que Ca-

rranza le formulaba, Salcedo respondía de forma muy escueta, la mayor parte de las veces monosílabos. Ni siquiera se molestaba por mantener la etiqueta con su superior.

La parada que hicieron cerca de Jaén tampoco supuso ningún cambio. Salcedo seguía con las gafas de espejo puestas, más sería que una jugadora de póker. Aparte de las mínimas palabras imprescindibles para no transgredir las normas más elementales de la educación, no hubo ningún tipo de conversación entre ellos en todo el viaje. «Si no fuera por esta mística exaltación de Los Chinguitos, esto parecería un funeral», pensó Carranza.

La Comandancia de la Guardia Civil de Málaga estaba en el barrio de la Trinidad. A pesar de lo intempestivo de la hora de llegada, los recibió el propio coronel Freijeiro, el jefe de la Comandancia. Pasaron a su despacho y, después de intercambiar los saludos de rigor, les preguntó cuáles eran sus planes para su estancia en la Costa del Sol.

—Solo venimos a hacer una investigación preliminar acerca de un suceso ocurrido en los Picos de Europa —dijo Carranza—. Una mujer murió en un presunto accidente y por lo visto eso ha generado sospechas por parte de la familia. Son de Málaga y han debido mover Roma con Santiago para que el caso lo investigue la UCO. Queremos interrogarles para saber si esas sospechas tienen fundamento o son imaginaciones tuyas, como todo parece indicar.

—Teniente Carranza —le dijo muy serio el coronel—, las presiones a las que hace referencia han salido de este mismo despacho y no me cabe duda que también tienen su origen en la sede episcopal. El obispo debe ser Roma y yo Santiago, aunque me llamo Ángel. Verá usted, la familia Benavente es muy querida en Málaga, mantienen una relación excelente con la Guardia Civil y son amigos personales de monseñor Catalá, el obispo.

Carranza se removió incómodo en la silla al darse cuenta de que había metido la pata hasta el zancarrón. Miró a su compañera en demanda de ayuda, pero fue estéril. Salcedo no movió ni un músculo; estaba rígida como un palo de escoba y el teniente se

la imaginó deleitándose en su interior con la humillación de su superior.

—Los Benavente son propietarios de una de las mayores constructoras de Málaga —prosiguió Freijeiro—, pero siempre han sido capaces de mantenerse al margen de corruptelas y problemas, algo que no es tan fácil de conseguir aquí. Ceferino Benavente, el padre, heredó una modesta empresa familiar y con ella ha hecho una de las mayores fortunas de la ciudad. Pese a todo, llevan una vida discreta, sin caer en la ostentación tan frecuente por estos lares en aquellos que hacen dinero rápido y fácil, en «los reyes del pelotazo» de la Costa del Sol.

»Adelaida, su esposa, pertenece al Opus Dei, pero si piensan que van a hablar con una simple beata de pueblo volverán a equivocarse. Verán que se trata de una señora culta, licenciada en Historia del Arte y con amplios conocimientos de economía, algo que no es muy habitual en mujeres de esa edad —Freijeiro fruncía el ceño y negaba con la cabeza, en señal de manifiesta irritación—. Ceferino tiene sin duda un gran talento para los negocios, pero Adelaida lo tiene para la vida. Es una mujer sagaz, que entiende la religión como una forma de ayudar al prójimo. Forman el binomio perfecto: si él es el corazón y el cerebro para los negocios, ella es el alma, la fuerza que da sentido a la vida de esa pareja.

—¿Y qué nos puede decir de la hija? —preguntó, por fin, Salcedo.

—Yo no llegue a conocer a en persona a Teresa Benavente; cuando llegué a esta Comandancia, ella ya se había casado y vivía en Bilbao. Sé que era una mujer muy guapa e inteligente, con bastante dinero. Antes de marcharse de aquí era la mejor oftalmóloga de la ciudad. Su hermano Borja es cirujano en el Carlos Haya. El pequeño me parece que se llama Damián y es el que se hace cargo del negocio familiar.

—Le agradecemos mucho la información, mi coronel —reculó Carranza—. Lo que necesitamos averiguar es lo que pasó en realidad aquel día y si hay algo de fundamento en lo que sospechan los Benavente.

—No se preocupe, teniente. Me voy a permitir darle un consejo. Mañana, cuando vayan a casa de los Benavente, a «interrogarles», como ha dicho usted, no vayan con el prejuicio de que se trata de dos abuelos provincianos e ignorantes que dan rienda suelta a su dolor acusando a su yerno de un crimen imaginario. — El coronel ya estaba más tranquilo y había bajado el tono de voz, hasta convertirlo casi en un murmullo—. No son unos beatos que tienen apariciones ni unos paletos que tienen visiones e imaginan cosas. Escúchenlos con atención y respeto, porque estoy convencido que hay algo por detrás de sus sospechas. Y, si al final de la investigación no hay nada de fundamento, al menos que podamos decirles que se habían equivocado y que su yerno es inocente. Estoy seguro que será mucho mejor que encogernos de hombros y no hacer nada.

La reunión dio para poco más. Freijeiro llamó a un cabo que se ocupó de acompañarlos a sus respectivos dormitorios.

Estaban muy cansados. El día había sido complicado, con un largo viaje por medio y con la guinda de la conversación con Freijeiro. Sin embargo, Carranza, todavía con la herida fresca de la frustración de haber sido corregido por el coronel delante de una subordinada, quiso resolver el problema de la actitud de Salcedo en el peor momento posible. «Más vale una colorada que cien descoloridas», pensó. Dejó su bolsa de viaje delante de la puerta y se volvió hacia ella, que introducía la llave en la suya, situada justo enfrente de su habitación, al otro lado del pasillo:

—Isabel —le dijo, pasando de repente a tutearla—, espero que todo vaya bien y que este asunto se resuelva con facilidad. No sé si hemos empezado con muy buen pie. Creo que tu actitud no es la más positiva para el equipo, apenas has abierto la boca y no has aportado nada. Debes ser más proactiva y nos entenderemos mejor. Estoy seguro de que vamos a trabajar muy bien juntos.

La suboficial se giró en redondo y le miró de abajo arriba, con su metro sesenta y siete de altura escaso y el rostro pétreo:

—Mi teniente —contestó, sin apearse del tratamiento militar y rehusando la oferta de tuteo que Carranza le hacía—, me gustaría contestarle con la debida franqueza.

—Adelante —la autorizó él, seguro de sí mismo.

—No me agrada este caso, es un asunto de gente con dinero y con influencias. Personas que no me gusta pensar que reciben una atención especial de la UCO y, por lo tanto, del dinero público, solo porque pertenecen al Opus Dei o porque son «gente que es muy querida en Málaga» —dijo con retintín—, mientras que otros, que quizá lo necesitan más, pero que debe ser que no son igual de buenos a los ojos de Dios, tienen que hacer cola en una comisaría de barrio para que nadie les haga maldito caso. Me desagrada perder el tiempo, hay mucho trabajo en la Comandancia Central y aquí parece que estamos de viaje de placer. Y, ya que me lo pregunta, mi teniente, y reitero que siempre con el debido respeto, no me gusta que me hayan encargado hacer de canguro solo porque este asunto requería el rango de un oficial, para que los señores de esa bendita familia se queden tranquilos en el momento que vean dos estrellas en su hombro, como si por ser usted oficial el caso se fuera a resolver por sí solo.

«Hasta aquí podíamos llegar», pensó Carranza, indignado por el tono prepotente que frisaba la insubordinación de su compañera.

—Está muy equivocada, Salcedo —respondió con tono autoritario y recuperando el tratamiento de usted—, si piensa que usted va a hacer de niñera de un novato. He pertenecido durante varios años al GOE y he estado en Kosovo e Irak. No creo que todos en la Guardia Civil puedan decir lo mismo.

—Investigar no es lo mismo que disparar a un insurgente en Nayaf o que defender un puesto en Diwaniya, y le aseguro que su currículum no va a solucionarnos el caso. Si Freijeiro hubiera sido clave para acceder a unos archivos o para entrevistar a alguien, en dos frases lo ha predispuerto contra nosotros. Con su actitud, hasta el propio coronel le ha tenido que recomendar que no tratara de «ancianos provincianos» a dos testigos a los que no habíamos

entrevistado y que ni siquiera los hemos visto en foto. No solo ha cometido el error de pensarlo, también lo ha dejado traslucir delante del coronel.

—Reconozco que me he equivocado con Freijeiro —terció Carranza, contrito, deseoso de reconducir la conversación—, pero en el fondo creo que ambos pensábamos lo mismo.

—En absoluto, mi teniente. Yo, las ideas preconcebidas me las dejo en casa, nunca me dejo llevar por ellas. Solo creo en lo que veo y en lo que puedo demostrar, y tampoco saco conclusiones precipitadas antes de reflexionar. Por eso pertenezco a la UCO desde hace nueve años —Salcedo pareció inclinarse hacia adelante y clavó sus ojos en él—. Y, con franqueza, tampoco sé muy bien qué hace en la UCO un oficial que lleva catorce años de carrera y todavía no ha pasado del empleo de teniente, como es su caso, cuando hay tanta gente joven y con entusiasmo cuyo sueño es trabajar con nosotros.

La frase cayó como una losa y se hizo un silencio incómodo entre ellos. Carranza buscó una respuesta aguda o autoritaria que le diera la victoria sobre aquella brigada insolente, que se atrevía a decir lo que pensaba de sus superiores sin importarle si su interlocutor era el mismísimo Capitán General. Pero no la encontró. Hay ocasiones en las que la verdad puede ser tan brutal como un golpe en el plexo solar, de esos que te dejan sin respiración y sin palabras.

—Si no manda otra cosa, mi teniente, me retiro hasta mañana. Nos vemos en el desayuno, a las ocho en punto.

Sin esperar respuesta, Salcedo entró en su habitación y bloqueó la puerta con el pestillo, que resonó como el badajo de una campana en medio del silencio del pasillo. Fuera quedó Carranza con cara de estúpido, sin saber qué hacer, con su bolsa de viaje en el suelo, la boca abierta y su amor propio herido hasta lo más íntimo.